02.05.80

(99)

GOBIERNOS DE MINORIAS.

Jordi Solé Tura

En este momento existen tres gobiernos en el país: el gobierno central del Estado , en Madrid; el gobierno de Cataluña y el gobierno de Euskadi. Los tres son de derecha.y los tres son de minoría.

Gobierno de minoría es el de la U.C.D. en Madrid. Aunque el grupo de diputados de U.C.D. en las Cortes es el más numeroso no alcanza a tener la mayoría absoluta y se ve obligado continuamente a buscar apoyo en otros grupos.

En Euskadi, el P.N.V. ha podido formar gobierno en solitario por un solo voto y gracias a la inasistencia de Herri Batasuna. Es una mayoría muy precaria que sólo se sostiene gracias a ese curioso boicot de Herri Batasuna. No deja de ser significativo que este grupo, tan radical en sus planteamientos, es el que ha hecho posible que en Euskadi funcione un gobierno minoritario de derecha.

En Cataluña es sobradamente conocido que el gobierno formado por el Sr. Jordi Pujol no sólo es minoritario sino que sólo pudo ponerse en marcha gracias a la extraña coalición formada por Convergencia y Unió (partido que se proclama no sucursalista), U.C.D., sucursal del partido de gobierno en Madrid, con el que Convergencia se enfrentó duramente en las últimas elecciones, y Esquerra Republicana, partido que hizo su campaña electoral anunciando que no se casaría con nadie y ha empezado casándose nada menos que con los que gobiernan en Madrid. Coalición extraña,(por lo menos en apariencia), pero sobre todo coalición débil, puesto que no tiene detrás ningún proyecto programático conjunto.

Resulta,pues, que un país como el nuestro, sometido a una crisis económica de enormes proporciones, con un Estado que en gran parte es todavía el del franquismo, con un creciente distanciamiento entre las frágiles instituciones de la democracia y una gran parte de la población, en un país donde la democracia está por hacer y donde es imperativo salir de la crisis económica sin cargar su peso sobre un solo sector, tenemos go-

LA CRISIS DEL GOBIERNO

Jordi Solé Tura

biernos frágiles, ~~gobiernos~~ minoritarios, estrechamente clasistas, carentes de una base popular suficientemente amplia como para poder abordar con energía y autoridad la solución de los grandes problemas que nos aquejan. ~~abruman~~.

Hace algo más de un año, cuando el Sr. Adolfo Suárez anunció su programa de gobierno, ~~[illegible]~~ en aquel acto vergonzoso y vergonzante de la llamada investidura en las Cortes, los comunistas le dijimos que con aquel programa y con aquella minoría no se podía ir a ninguna parte y que antes de un año el gobierno estaría en crisis. Ha pasado ese tiempo, un mes más un mes menos, y el gobierno está en crisis.

Pero, ¿cómo se intenta resolverla ? Con cambios y recambios dentro de la misma minoría, con renovación de pesos y contrapesos dentro de la misma U.C.D., dentro del mayor sigilo, con ~~gran~~ telefonazos y conciliábulos entre un círculo reducido de personajes, ~~en~~ y en medio de un ~~mínimo~~ sinfín de rumores y de listas de ministrables, como en los tiempos no lejanos del franquismo.

Hace unos días, en las Cortes un diputado de U.C.D. me preguntó si yo sabía algo de cómo iba la "solución de la crisis". ~~Entonces~~ Cuando ~~le~~ yo le contesté que si alguien tenía que saberlo era él, puesto que se trataba de su propio partido, me dijo: "Nosotros no sabemos nada. Todo se cuece entre unos cuantos. Y cómo que tú asistes a la Junta de Portavoces y hablas con alguno de los ministros que deciden, a lo mejor has podido captar algo. A nosotros, los diputados de U.C.D., no nos dicen nada".

Creo que la anécdota es bastante significativa y expresa con claridad cuáles son los métodos y las formas de hacer política en las alturas del gobierno. De un gobierno de minoría, repito.

Porque esta es la cuestión. ¿ Puede salir adelante este país con gobiernos de estas características ? A mi entender no. Hacen falta gobiernos fuertes, gobiernos que tengan detrás un amplio respaldo popular, gobiernos seguros de su fuerza para enfrentarse con los tremendos obstáculos que encuentra la construcción de nuestra democracia.

Somos muchos los que coincidimos en esta exigencia. Per

J

no todos coincidimos de la misma manera. Cuando el Sr. Fraga Iribarne, por ejemplo, exige un gobierno fuerte no está diciendo lo mismo que digo yo aquí. Para él un gobierno fuerte significa un gobierno de U.C.D. y su propio partido, es decir, un gobierno de derecha en el que el propio Sr. Fraga tenga un peso infinitamente superior al que le han dado los votos y que apoyándose en las instituciones y los aparatos de un Estado que sigue siendo escasamente democrático imponga medidas autoritarias ante los problemas más candentes. Su propuesta -- bien resumida por él mismo con la expresión de "reforma de la reforma" -- equivale a frenar el proceso democrático, a conducir al gobierno todavía más hacia la derecha, a establecer un sistema de tipo autoritario y a escindir el país en dos bloques políticamente diferenciados y enfrentados.

Cuando se reclama un gobierno fuerte desde la izquierda se está hablando evidentemente de otra cosa.

Se está hablando de un gobierno con amplio apoyo popular, un gobierno capaz de generar expectativas en grandes sectores de la población, un gobierno que abra canales de participación y que aproxime la toma de decisiones a los ciudadanos afectados por ellas. Y para conseguir eso hay que mojarse, hay que estar dispuesto a hablar no sólo de la crisis del Estado sino también a asumir las responsabilidades necesarias para superar esta crisis.

Si en Madrid, ha podido subsistir durante un año un gobierno de minoría y la perspectiva es que lo sea también el nuebo gobierno es por la división de las fuerzas de izquierda, por la incapacidad de estas fuerzas de ofrecer una alternativa unitaria que presione sobre el gobierno y le obligue a situarse en posiciones más abiertas a los intereses populares. Y si en Cataluña y en Euzkadi hay gobiernos de minoría es fundamentalmente por la misma razón.

Sólo con la unidad de las fuerzas de izquierda es posible abrir otra vía de solución. Si esto no se consigue, el país continuará dando tumbos con gobiernos clasistas de minoría.

Mundo Diario 2.5.80

El caos se organiza en la Moncloa

Las peripecias interminables sobre la remodelación o crisis del Gobierno no son un homenaje póstumo a Alfred Hitchcock, sino una demostración concluyente de que algo no marcha bien en el partido gubernamental. Desde hace casi un mes que el vicepresidente Abril Martorell anunció que la crisis estaba en marcha, el presidente Suárez no ha sido capaz de formar un nuevo gabinete, pero habrá terminado por agotar la paciencia de los periodistas y paralizar la administración del país. La gestación ha sido tan prolongada, que cabe temer un verdadero parto de los montes, un ridículo ratoncito.

El presidente Suárez, aparentemente fascinado por los problemas de política internacional, de los que empieza a creerse un consumado especialista, ha perdido su capacidad para la maniobra interior, para mantener la disciplina de sus huestes y suscitar en el país generosas expectativas. Está produciendo un general e inquietante aburrimiento.

Cuando Felipe González asegura que no le importa la crisis del Gobierno, sino la del Estado; cuando el paro y la inflación multiplican las víctimas y los resentimientos; cuando el inicio de la implantación de las autonomías origina tres sucesivos descalabros gubernamentales; cuando la violencia no cesa en el País Vasco, y la derecha y la izquierda coinciden en el diagnóstico de que nos pasan cosas graves, he aquí que Suárez y los llamados «barones» de la UCD organizan la confusión y la parálisis político-administrativa.

Muchos españoles de a pie empiezan a «pasar» de una crisis política, entreverada de rumores sin cuento, que se cuece en la Moncloa, al margen del Parlamento, como en los mejores tiempos de la Dictadura, como acaban de señalar, con razón, los comunistas. Hablar del «desencanto», como hacen algunos ministros, para participar seguidamente en la ceremonia antidemocrática, no es sólo una inconsecuencia, sino una invitación insensata a los ciudadanos para que se abstengan de participar en los asuntos públicos.

El último espectáculo ofrecido por la Permanente de UCD, reunida hasta las tres de la mañana en el palacio de la Moncloa, resultaría jocoso si no fuera altamente preocupante. El partido gubernamental es un «sindicato de intereses», una «empresa» política en la que el gran empresario parece haber perdido algunas de las habilidades que le hicieron famoso, que lo encumbraron de manera irresistible. El mago de la transición y del consenso se ha quedado sin brío en el escenario de los graves problemas estatales cuya resolución no puede acometerse desde la chapucería. Preocupado por lo que ocurre en el Irán —lo que parece lógico—, el presidente Suárez se aleja de la rebelión comunera de Segovia, la última provincia alcanzada por el virus corrosivo de la incertidumbre.

Ahora resultará que el caos no lo están fabricando los adversarios de Suárez —como aseguran algunos turiferarios del poder—, sino que surge espontáneamente de los salones de la Moncloa, en los que un Nixon venido de muy lejos, halagador del general Pinochet, parece haberse equivocado de país, aunque salga en la primera página de los diarios madrileños.

Suponemos que los llamados «barones» de UCD acabarán por ponerse de acuerdo y olvidarán por algunos días sus querellas intestinas, en aras de la gran empresa de seguir usufructuando el poder político. Se trata de una cuestión de supervivencia, en la que otras veces tuvieron éxito; porque no podemos olvidar que la mayoría de los políticos que se disputan los puestos en el nuevo gabinete vienen de muy lejos. Pero difícilmente podrán corregir el grave daño causado a la opinión pública.

Las «familias» políticas de UCD —socialdemócratas, democratacristianos, franquistas conversos— están dominadas por profundas desavenencias, cuyo carácter personal ilustra perfectamente el episodio protagonizado por Pérez Llorca, símbolo de las ambiciones de la nueva clase política. No hay riesgo de divorcio, entre otras cosas, porque el partido gubernamental no es proclive a la disolución del vínculo, ni dispone en verdad de un proyecto político que pueda ser discutido en el ágora democrática. Esta parece ser la clave de la situación. Si Suárez no se enmienda corre el riesgo de pasar a la historia como un arquitecto especializado en derribos, pero incapaz de construir una morada habitable y relativamente cómoda.

md

Gobiernos de minoría

Jordi Solé Tura

En este momento existen tres gobiernos en el país: el Gobierno central del Estado, en Madrid; el Gobierno de Catalunya y el Gobierno de Euskadi. Los tres son de derecha. Y los tres son de minoría.

Gobierno de minoría es el de la UCD en Madrid. Aunque el grupo de diputados de UCD en las Cortes es el más numeroso no alcanza a tener la mayoría absoluta y se ve obligado continuamente a buscar apoyo en otros grupos.

En Euskadi, el PNV ha podido formar Gobierno en solitario por un solo voto y gracias a la inasistencia de Herri Batasuna. Es una mayoría muy precaria que sólo se sostiene gracias a ese curioso boicot de Herri Batasuna. No deja de ser significativo que este grupo, tan radical en sus planteamientos, es el que haga posible que en Euskadi funcione un Gobierno minoritario de derecha.

En Catalunya es sobradamente conocido que el Gobierno formado por el señor Jordi Pujol no sólo es minoritario sino que sólo pudo ponerse en marcha gracias a la extraña coalición formada por Convergència i Unió (partido que se proclama no sucursalista), UCD, sucursal del partido de Gobierno en Madrid, con el que Convergència se enfrentó duramente en las últimas elecciones, y Esquerra Republicana, partido que hizo su campaña electoral anunciando que no se casaría con nadie y ha empezado casándose nada menos que con los que gobiernan en Madrid. Coalición extraña (por lo menos en apariencia), pero sobre todo coalición débil, puesto que no tiene detrás ningún proyecto programático conjunto.

Resulta, pues, que un país como el nuestro, sometido a una crisis económica de enormes proporciones, con un Estado que en gran parte es todavía el del franquismo, con un creciente distanciamiento entre las frágiles instituciones de la democracia y una gran parte de la población, en un país donde la democracia está por hacer y donde es imperativo salir de la crisis económica sin cargar su peso sobre un solo sector, tenemos gobiernos frágiles, minoritarios, estrechamente clasistas, carentes de una base popular suficientemente amplia como para poder abordar con energía y autoridad la solución de los grandes problemas que nos aquejan.

Hace algo más de un año, cuando el señor Adolfo Suárez anunció su programa de Gobierno en aquel acto vergonzoso y vergonzante de la llamada investidura en las Cortes, los comunistas le dijimos que con aquel programa y con aquella minoría no se podía ir a ninguna parte y que antes de un año el Gobierno estaría en crisis. Ha pasado ese tiempo, un mes más un mes menos, y el Gobierno está en crisis.

Pero, ¿cómo se intenta resolverla? Con cambios y recambios dentro de la misma minoría, con renovación de pesos y contrapesos dentro de la misma UCD, dentro del mayor sigilo, con telefonazos y conciliábulos entre un círculo reducido de personajes y en medio de un sinfín de rumores y de listas de ministrables, como en los tiempos no lejanos del franquismo.

Hace unos días, en las Cortes un diputado de UCD me preguntó si yo sabía algo de cómo iba la «solución de la crisis». Cuando yo le contesté que si alguien tenía que saberlo era él, puesto que se trataba de su propio partido, me dijo: «Nosotros no sabemos nada. Todo se cuece entre unos cuantos. Y como que tú asistes a la Junta de Portavoces y hablas con alguno de los ministros que deciden, a lo mejor has podido captar algo. A nosotros, los diputados de UCD, no nos dicen nada».

Creo que la anécdota es bastante significativa y expresa con claridad cuáles son los métodos y las formas de hacer política en las alturas del Gobierno. De un Gobierno de minoría, repito.

Porque ésta es la cuestión. ¿Puede salir adelante este país con gobiernos de estas características? A mi entender, no. Hacen falta gobiernos fuertes, gobiernos que tengan detrás un amplio respaldo popular, gobiernos seguros de su fuerza para enfrentarse con los tremendos obstáculos que encuentra la construcción de nuestra democracia.

Somos muchos los que coincidimos en esta exigencia. Pero no todos coincidimos de la misma manera. Cuando el señor Fraga Iribarne, por ejemplo, exige un Gobierno fuerte no está diciendo lo mismo que digo yo aquí. Para él un Gobierno fuerte significa un Gobierno de UCD y su propio partido, es decir, un Gobierno de derecha en el que el propio señor Fraga tenga un peso infinitamente superior al que le han dado los votos y que apoyándose en las instituciones y los aparatos de un Estado que sigue siendo escasamente democrático imponga medidas autoritarias ante los problemas más candentes. Su propuesta —bien resumida por él mismo con la expresión de «reforma de la reforma»— equivale a frenar el proceso democrático, a conducir al Gobierno todavía más hacia la derecha, a establecer un sistema de tipo autoritario y a escindir el país en dos bloques políticamente diferenciados y enfrentados.

Cuando se reclama un Gobierno fuerte desde la izquierda se está hablando evidentemente de otra cosa.

Se está hablando de un Gobierno con amplio apoyo popular, un Gobierno capaz de generar expectativas en grandes sectores de la población, un Gobierno que abra canales de participación y que aproxime la toma de decisiones a los ciudadanos afectados por ellas. Y para conseguir eso hay que mojarse, hay que estar dispuesto a hablar no sólo de la crisis del Estado sino también a asumir las responsabilidades necesarias para superar esta crisis.

Si en Madrid ha podido subsistir un año un Gobierno de minoría y la perspectiva es que lo sea también el nuevo Gobierno es por la división de las fuerzas de izquierda, por la incapacidad de estas fuerzas de ofrecer una alternativa unitaria que presione sobre el Gobierno y le obligue a situarse en posiciones más abiertas a los intereses populares. Y si en Catalunya y en Euskadi hay gobiernos de minoría es fundamentalmente por la misma razón.

Sólo con la unidad de las fuerzas de izquierda es posible abrir otra vía de solución. Si esto no se consigue, el país continuará dando tumbos con gobiernos clasistas de minoría.

JORDI SOLE TURA
Diputado del PSUC en el Congreso

ALTA TENSION GUBERNAMENTAL DURANTE LAS ULTIMAS VEINTICUATRO HORAS

La querella en UCD retrasó los cambios

Los socialdemócratas (Fernández Ordóñez), que pierden terreno, se opusieron a que Pérez Llorca ascendiera a vicepresidente del nuevo Gobierno

La solución de la crisis de Gobierno se retrasó veinticuatro horas a causa de las disputas en la Comisión Permanente de Unión de Centro Democrático (UCD), reunida en el palacio de la Moncloa en la noche del miércoles al jueves, bajo la presidencia de Adolfo Suárez.

Aunque nada trascendió oficialmente de lo ocurrido en la reunión de la Permanente, todas las informaciones coinciden en señalar que fue tormentosa, como ayer vaticinaba este periódico, y que el previsto «ascenso» de José Pedro Pérez Llorca a una vicepresidencia del Gobierno, encargada de los asuntos autonómicos, provocó fuertes críticas por parte de otros dirigentes de UCD.

Finalmente, la crisis en el partido gubernamental se resolvió con una carta manuscrita de Pérez Llorca, dirigida al presidente Suárez, en la que renunciaba a ocupar la vicepresidencia en aras de la cohesión de la formación gubernamental.

Pérez Llorca, según fuentes gubernamentales, justificó su renuncia como una actitud testimonial, para que quedara absolutamente claro que «no tiene ambición de poder y que lo que pretende es trabajar en un área problemática, como es la de autonomías».

La más frontal oposición a Pérez Llorca partió de Francisco Fernández Ordóñez, líder del sector socialdemócrata, el cual expresó su preocupación —«en tono muy cordial», según dijo a los periodistas— por lo que denominó «concentración de poder en una determinada persona» (Pérez Llorca).

La oposición de Fernández Ordóñez, según fuentes próximas al partido gubernamental, se centró también en el funcionamiento de la Comisión Permanente, que solicitó se convirtiera en «un órgano institucional con capacidad decisoria».

Las reticencias de Fernández Ordóñez, en cualquier caso, están justificadas por la pérdida de terreno que los socialdemócratas sufren en el nuevo Gobierno, que confirman igualmente las apreciaciones que ayer formuló este periódico sobre el alcance de la crisis.

Un «barón»

«No somos responsables»

Un miembro de la Comisión Permanente de UCD manifestó ayer tarde que no quería opinar en torno a la renuncia de Pérez Llorca a la Vicepresidencia Autonómica, ni sobre otros temas del reajuste ministerial, **«porque no hemos participado, y por lo tanto no somos responsables».**

La misma persona, uno de los llamados **«barones»** de UCD, no ocultó su sensación de desaliento, al afirmar que **«parecía que iba a existir un cambio con participación de la Comisión Permanente y, sin embargo, la reunión de la noche del miércoles en la Moncloa se limitó a una simple comunicación de una serie de nombres que podrían entrar en el Gobierno. La Comisión Permanente no ha participado, y por lo tanto no quiero opinar».**

El malestar entre algunas **«familias políticas»** de UCD, según la misma fuente, es grande. **«No se cuenta con la participación de la Comisión Permanente como órgano del partido»**, añadió.

Por último, el miembro de la Permanente de UCD precisó: **«Sabemos que los cambios en el Gobierno son responsabilidad del presidente. Pero, en cualquier caso, la Permanente no ha tenido participación».**

«En estas circunstancias —agregó— **no puedo revelar los nombres que citó ayer por la noche el presidente. Se trata de su responsabiiidad.»**

Periodistas a la intemperie y groserías ministeriales

La noche más larga de la Moncloa

Madrid. (Corresponsal.) — La noche del miércoles al jueves, que se presumía iba a ser la última noche de la eterna crisis de Gobierno, es decir, de los eternos conflictos internos, no fue finalmente la última noche, aunque sí la más larga. La reunión de la permanente de UCD, en la Moncloa, acabó como el rosario de la aurora. Hubo de todo: discusiones intensas, conflictos de última hora, ministros, desertores, ministros groseros... Estos y otros ingredientes perfilan un tema que ya empieza a adquirir visos de sainete. Así es considerado en diversos círculos políticos de Madrid.

Los jefes de fila de UCD habían llegado a la Moncloa a medianoche. A las doce en punto comenzó la reunión del organismo supremo de la organización. Una docena de periodistas montaba guardia a la puerta, en plena calle, ateniéndose a las estrictas normas de la casa presidencial, que aún no dispone de diez metros cuadrados bajo techo para estos menesteres (los informadores que alguna vez han de trabajar en la Moncloa ya saben lo que les espera: frío en invierno, calor en verano, lluvia, pedrisco...).

La noche de anteayer era de mucha luna y mucho frío. Todo el mundo esperaba un inminente desenlace de la famosa crisis. Se pensaba que la reunión duraría poco, que sería un mero trámite en el que Suárez leería la lista del nuevo Gobierno a sus compañeros de partido. No fue así. La espera, para algunos, duró toda la noche.



Pérez Llorca, el hombre que con su renuncia provocó una crisis dentro de la propia crisis de Gobierno.



Arias Salgado, demasiadas prisas a las tres de la madrugada, para que existiese acuerdo en el seno de UCD.

Las prisas de Rafael Arias

A las dos y veinte de la mañana Martín Villa, en un rasgo de cordura, abandonó la reunión. Antes había desarrollado sus puntos de vista —relacionados con la política exterior— y había manifestado su negativa a participar en luchas internas. Martín Villa, al parecer, vino a decir casi textualmente que a él no le gustaba las **«peleas de patio».**

Pero las peleas continuaron. A las tres menos diez abandonó el palacio Rafael Calvo Ortega, quien confesó no tener nada que decir: **«Ahora saldrá Rafael Arias, que es más indicado que yo».** Apareció Rafael Arias, pero con prisas (luego se supo que iba a reunirse con altos cargos de UCD), y ni siquiera supo tener la delicadeza de dar una amable negativa a los informadores. No sólo se negó a hablar sino que dio órdenes al chófer de acelerar. La prisa del ministro estuvo a punto de tener consecuencias trágicas: el coche alcanzó, aunque levemente, a un técnico de radio. Los periodistas, que ya llevaban varias horas al fresco dedicaron un concienzudo abucheo al secretario general de UCD. La grosería ministerial fue paliada ayer por una nota de la secretaría de Rafael Arias pidiendo excusas.

Abril Martorell, que ya estaba fuera de la Moncloa, volvió hacia las tres y veinte, estuvo unos minutos y, al salir, se detuvo a hablar con los informadores. Estuvo muy amable (alguien en tono luego esta amabilidad con los periodistas como un síntoma de pérdida de poder y anunció que la lista se haría pública muy pronto.

Pero Abril, que había asegurado que la cosa estaba ya **«prácticamente perfilada»**, había hecho una mentira a medias. También mintió a medias —probablemente sin querer— el empleado de palacio que, hacia las cuatro, indicó a los periodistas que los restantes miembros de la Permanente habían salido por otras puertas. No era cierto. Algunos habían quedado dentro discutiendo con Adolfo Suárez. Pérez Llorca y Fernández Ordóñez no se fueron de la Moncloa hasta mucho más tarde.

Pasadas las seis de la mañana llegó a Suárez la renuncia manuscrita de Pérez Llorca. A partir de ese instante un auténtico terremoto sacudió determinadas esferas de UCD. A primera hora de la mañana el presidente llamó a capítulos a nuevos personajes del partido. Rovira Tarazona —ministro de Sanidad— por ejemplo, viajó precipitadamente a Madrid desde Jaén donde se hallaba descansando. Estas y otras personalidades de UCD prepararon durante la mañana listas posibles de ministrables para reunirse con Suárez por la tarde.

A lo largo de la mañana y la tarde se repitieron las reuniones, las pequeñas conspiraciones, los rumores, las llamadas de teléfono. Suárez continuó recibiendo ministros, ex ministros y ministrables en sus sancta santorum de la Moncloa. Las aves rapaces de turno desenterraron nuevas listas apócrifas encabezadas por sus propios nombres. La rueda de la fortuna gubernamental volvió a girar. Docenas de periodistas debieron de pensar al unísono en lo hermoso que sería en la Moncloa una chimenea como el Vaticano para indicar, con humo blanco o humo negro el fin de las sucesivas etapas de la crisis.

Y mientras sale de una vez esa posible fumata blanca, cientos de miles de madrileños que no se han ido de puente y que permanecen absolutamente ajenos a las intrigas palaciegas, se manifestaron por la mañana y fueron a ver por la tarde el Castilla-Real Sociedad.

CARLOS SANTOS

Hora de Madrid

Implacable batalla de tendencias

Habrá sido la crisis más larga y una de las más ricas en tensiones, enfrentamientos y alternativas variables. La verdad es que hasta los últimos momentos nada había definitivamente seguro y la verdad es que el resultado final no se parecía mucho a los cálculos que se habían desgranado en los primeros días. El dato más novedoso es la renuncia de Pérez Llorca a una vicepresidencia del Gobierno, si bien casi podía colegirse de la referencia que yo hacía ayer sobre los celos y malestares que tan rápido ascenso levantaba entre los «barones» de UCD.

En el fondo de todo la crisis ha estado la implacable batalla entre las tendencias ideológicas originarias de UCD y la concepción que tiene del partido el presidente Suárez. Ha vencido claramente esta concesión, que se manifiesta sobre todo en el predominio casi absoluto de los «hombres del presidente» en el gabinete resultante. Los socialdemócratas quedan prácticamente barridos, si se encuadrasen en esa tendencia solamente los partidarios de Fernández Ordóñez, aunque de color socialdemócrata se considera a González Seara y a Luis Gamir.

Los liberales quedan desplazados. Los demócratacristianos quedan algo mejor situados, con hombres como Iñigo Cavero y José Luis Alvarez dentro del Gobierno. Pero la inmensa mayoría de los ministros —empezando por los más significativos, como Gutiérrez Mellado, Abril Martorell y Pérez Llorca— son hombres desvinculados de las familias políticas y personas de confianza de Adolfo Suárez o técnicos eficaces sin mayores connotaciones políticas.

José Pedro Pérez Llorca ya tenía la tarde anterior la intención de rechazar la firme oferta de la vicepresidencia de Asuntos Autonómicos para quedarse simplemente como ministro del mismo ramo. **«Yo no he pedido la vicepresidencia ni quería que me la dieran»**, exclamaba unas horas antes de comenzar la nocturna reunión de la comisión permanente de UCD. La guerra de los «barones» y la eterna rivalidad de Rafael Arias Salgado eran presiones demasiado fuertes hacia un hombre tan hipersensible como José Pedro. El incidente no significa que vaya a perder peso o poder dentro del Gobierno, aunque no sea vicepresidente.

Alguien podría decir que el gran derrotado es Paco Ordóñez, que no ha entrado en el Gobierno y que ha visto salir a sus correligionarios García Díez y Carlos Bustelo. Pero él no quiso aceptar el Ministerio de Relaciones con Europa ni la salida de sus dos amigos se la buscaron ellos mismos, al declararse incompatibles con Fernando Abril, que es de nuevo el verdadero triunfador de la crisis, si es que el triunfo hubiera que personalizarlo en alguien, pues además «coloca» a sus amigos Gamir y Pavón.

Nuevo secretario general

La comisión permanente de UCD lo único que decidió fue ratificar la propuesta de elevar al consejo político la candidatura de Rafael Calvo Ortega para la secretaría general del partido, designación que nadie pone en duda. Pero los miembros de la permanente no se responsabilizan de los nombramientos ministeriales que se han producido, es decir, aseguran que ellos no lo han «visado», sino que simplemente comentaron con el presidente los nombres que se proponían. Los «permanentes» que representan a las tendencias ideológicas han salido bastante decepcionados de toda esta historia y algunos se lamentan de que no se haya producido una entrada en el Gobierno de los grandes nombres de las corrientes del partido.

Parece que la única unanimidad que se manifestó durante la sesión nocturna del alto organismo de UCD fue la del elogio a Rafael Calvo Ortega, al que todos consideran como el secretario general más idóneo y un hombre de probada eficacia y laboriosidad, que además no suscita recelos en ninguno de los sectores del partido, cosa que no le sucedía en absoluto a Rafael Arias.

En esencia, se mantiene el esquema del primer Gobierno constitucional, pero con el apuntado debilitamiento de las tendencias.

PEDRO CALVO HERNANDO